

CAPÍTULO

I

Estancia Arroyo Seco, Sierras de Córdoba.

Enero de 1961.

Apostada en la loma que dominaba el maizal, Francesca pensó: «Siempre amaré este lugar, aunque pasen años, aunque nunca más vuelva a verlo». Bajó corriendo y, por la alameda, tomó el camino que conducía al casco de la estancia. «¿Y por qué no he de volver a verlo?», se preguntó.

Reconoció de lejos al señor Esteban Martínez Olazábal, que, montado en su alazán, impartía órdenes a don Cívico, el capataz. No se ocultó del patrón y continuó caminando; le tenía aprecio, siempre había sido bueno con ella.

—¡Eh, Francesca! —se sorprendió Martínez Olazábal—. No te esperábamos hasta el sábado.

—Buenas tardes, señor. Buenas tardes, don Cívico.

—Niña —respondió el hombre, y se quitó la boina.

—Los planes eran que llegara el sábado —retomó Francesca—, pero mi tío Alfredo me dio permiso y pude venir hoy.

—¡Ese Alfredo sí que te hace trabajar! —comentó Esteban, ri-sueño.

—Me gusta mi trabajo, señor —aseguró Francesca, y la respuesta complació a Martínez Olazábal, que le palmeó la mejilla.

—¿Cómo andan las cosas por Córdoba?

—Todo bien, señor. No hay ninguna novedad en la casa; excepto Onofrio, que...

—¿Qué le pasó?

—Por fortuna, nada grave, señor. Mientras arreglaba las pizarras sueltas del techo, resbaló y...

—¡Dios mío! ¡Se cayó!

—No, señor, pero, al aferrarse a la cornisa, se lastimó la muñeca y hubo que enyesársela.

Martínez Olazábal saludó con premura y espoleó el caballo, que se perdió en dirección al casco.

—¡A la perinola, que te me has puesto guapa! —exclamó Cívico, después de saber lejos al patrón.

Francesca le dedicó una sonrisa antes de arrojarle a los brazos del hombre que quería como a un abuelo.

—Ya contábamos los días con la Jacinta, para que llegara el sábado, digo. La niña Sofía —explicó Cívico, refiriéndose a la menor de don Esteban— nos mandó avisar que venías ese día. ¡Cosa buena es que te hayas aparecido antes!

Se encaminaron a la casa de don Cívico, que, pese a la buena remozada de años atrás, con materiales seguros y de calidad, no había podido quitarse el mote de «rancho». Blanqueada a la cal y con tejas españolas, envuelta en un eterno caos de gallinas, perros y cosas viejas arrumbadas, constituía para Francesca uno de los recuerdos más gratos de su infancia. Entraron, apartando el trapo que servía para mantener a raya a los insectos, y enseguida los envolvió el aroma a pella caliente y a tortas fritas. Jacinta, la mujer de Cívico, arrojaba los pedazos de masa en la olla con grasa hirviendo y canturreaba en voz baja.

—¡Dígnate a mirar, mujer! —le pidió el hombre.

—¿Pa'qué? ¿Pa've a un fulero como vo'?

—¡No, qué va! —repuso el capataz—. Mirá a quién te traigo.

Jacinta, con las manos llenas de amasijo y la frente manchada de harina, se dio vuelta fingiendo un disgusto que se le esfumó nada más ver a Francesca en medio de la pieza. Apenas atinó a limpiarse con el repasador antes de abrazarla y llenarla de elogios. Se sentaron a la mesa; el mate cimarrón, como le gustaba a Cívico, comenzó la primera vuelta, mientras las tortas fritas desaparecían del plato.

—Contanos, Panchita, qué es de tu vida —inquirió Jacinta.

—Nada nuevo. Sigo trabajando en el diario, con mi tío Fredo. Me prometió que este año va a darme una columna.

—¿Una qué?

—Me va a dejar escribir algo y publicarlo.

—¡Mirámela vos, che Jacinta! ¡Si se nos va a hacer importante la mocosa!

En menos de una hora, el matrimonio la puso al tanto de las novedades del campo: chismes de peones y hasta de patronos, nacimientos de

animales y resultados de cosechas, fiestas patronales, casamientos y «re-juntes», como llamaban a los amancebamientos.

—Y la Paloma —se refería a la menor de sus seis hijos— está por el cuarto mes. Dice la Chaira, la vidente, ¿te acordás? Bueno, dice que será machito nomás.

—¿Y cómo lo van a llamar? —se interesó Francesca.

—Se han de fijar en el santoral —dedujo Cívico.

—Sí, mejor en el santoral y no en el almanaque, como hizo el bruto de tu viejo, que a quien salir tenés, que por nacer un 9 de julio va, se fija y ve «día cívico», y ahí te mancilló la gracia.

—¡Bah, que no es tan malo! —se quejó el hombre.

A Francesca la atraía la sencillez de esa gente, más allá de que en ocasiones la sorprendían con una sabiduría que no había encontrado siquiera en su tío Fredo, una mezcla de misericordia, resignación y afán por la vida; personas que no le temían al hambre, al frío o a la falta de lo indispensable, y en las que la ausencia de tanto no había conseguido envilecerles los sentimientos ni ensombrecerles la mirada.

—Y allá, por la casa grande, ¿cómo andan las cosas? —se interesó Jacinta.

—Acabo de llegar y no vi a nadie, ni siquiera a Sofía. Supongo que como siempre —expresó Francesca, con desánimo—. La señora Celia, insufrible, al igual que Enriqueta, y el señor Esteban, soportando.

—Y la niña Sofía, ¿se repuso de..., bueno, de aquello?

Francesca hizo un gesto elocuente, y Cívico y Jacinta bajaron la vista y suspiraron. Le tenían cariño a la más chica del patrón Esteban pese a las contadas ocasiones en que la habían visto; en realidad, la conocían a través de Francesca, que la adoraba.

—Hoy llega el niño Aldo —comentó Cívico para disipar el nubarrón de tristeza—. Me lo acaba de decir el patrón.

—¡Uy, pero si a ése de niño no le debe de quedar ni un pelo! —aseguró Jacinta—. ¿Cuántos años hace que no aparece por acá?

—A ver... —dijo Cívico, y se rascó la coronilla—. Más o menos, diez años. Tenía como dieciocho cuando lo mandaron a estudiar a las Europas. Anda por los veintiocho.

—¿Y está reciencito llegado de las Europas?

—No —aclaró el capataz—, hace más o menos tres años que volvió, pero se quedó en Buenos Aires. Encontraría a los porteños más de su talla.

—Vos ni te acordás de él, ¿no? —se dirigió Jacinta a Francesca.

—Cuando mi mamá se empleó en lo de Martínez Olazábal, yo tenía seis años, era muy chica. Algo me acuerdo de Aldo, pero poco. Sólo iba los fines de semana a la casa porque estaba pupilo en el La Salle, un colegio camino a Saldán —aclaró—. Pero nunca crucé palabra con él; se la pasaba encerrado en la biblioteca, leyendo. Con Sofía eran bastante compinches. Recuerdo que ella sufrió mucho cuando lo enviaron al extranjero.

—¡Pucha, che! —se quejó Cívico—. Esta familia tiene tristezas por los cuatro costados. Tanto, tanto, para nada.

Y cuando el nubarrón amenazaba nuevamente, Jacinta intervino:

—Che, Cívico, ¿qué estás esperando? Llévala a la Panchita a donde realmente quiere estar, que no es aquí, con nosotros, dos viejazos aburridos. Andá, llévala con el morito; el pobre debe de estar medio loco, seguro que ya la olió en el aire.

Francesca agradeció con una sonrisa la intuición de Jacinta y no se avergonzó de que la impaciencia por ver a Rex, su caballo, se le notara tanto, pues nadie conocía mejor que Jacinta y Cívico el amor que le inspiraba el semental. Camino al potrero, el capataz le comentó que el morito —así lo llamaba por tratarse de un purasangre árabe— seguía saludable, esbelto y mañero, y que, como ninguno de los peones se animaba a acercársele porque tenía el vicio de tirar mordiscos, él mismo se encargaba de varearlo, bañarlo y cepillarlo.

—A vos te conoce —explicó Francesca.

—Me respeta porque sabe que soy tu amigo, si no, bien que me levantaría las patas y me clavaría esos dientazos que Dios le dio. Ando con ganas de castrarlo.

—Ni se te ocurra, Cívico —amenazó la joven.

—El señor Esteban me lo anduvo sugiriendo hoy mismo.

—A mi caballo nadie le toca un pelo.

—Pero si no es tu caballo, Panchita, es de la niña Enriqueta. ¿Te acordás que te conté que se lo regalaron para los quince?

—Sí, claro que me acuerdo, pero esa mojigata no se atrevió a acercársele a diez metros. Ni se acuerda de que Rex existe.

—A veces me arrepiento de haberte dejado encariñar tanto con un bicho que no es tuyo. Me pregunto qué pasaría si el patrón decidiese venderlo.

Pero Francesca ya no lo escuchaba. Corrió el último tramo y saltó la tranquera con agilidad. Al distinguir a su caballo —el único completamente negro— en medio de la manada, se tomó unos instantes para solazarse con su estampa majestuosa e imponente.

Lo llamó. Rex, que ya la había olfateado, al sonido de su voz comenzó a dar coces y a piafar. El resto de la caballada se alejó asustada y el morito se quedó solo en el potrero.

—Dejá de dar ese espectáculo lamentable —lo amonestó Francesca— y vení que te quiero ver de cerca.

El caballo se aproximó relinchando y sacudiendo la cabeza. Después de acariciarlo durante un rato en la testuz, decidió montarlo.

—¡Al menos esperá que te traiga la montura! —gritó Cívico, desde la tranquera—. ¡Aunque sea ponele este apero!

—¡A pelo! —fue la respuesta de la joven, que se encaramó con maestría sobre el caballo y, sujeta de las crines, lo incitó con un sonido que el animal conocía bien.

Al atardecer, el cielo parecía una paleta de rojos y violetas. Francesca permaneció recostada sobre la hierba, con la cabeza apoyada en sus manos. Rex pastaba alejado. Se escuchaban el canto de los benteveos y de los pechitos amarillos, y el chirrido de los primeros insectos nocturnos. Inspiró el aire fresco colmado de los aromas que ella sólo relacionaba con Arroyo Seco. Se levantó de mal humor, debía regresar o su madre se preocuparía; además, había prometido ayudarla con la cena, eran varios comensales esa noche.

—Vamos, Rex, tenemos que volver.

Dejó el caballo en el potrero y, desgana, se encaminó hacia el casco. Por el camino de la alameda entretuvo su mirada en el paisaje y, aunque había visto el espectáculo muchas veces, volvió a azorarse con el sol, que, completo y refulgente minutos antes, ahora se esfumaba en un tenue resplandor detrás de las sierras azules. ¿En qué momento se había ido? La tarde se extinguía a una velocidad insospechada y esa agonía le resultaba opresiva. «Ahora, hija, ahora se esconde el sol, no quiere encontrarse con la luna». ¿Olvidaría alguna vez la voz de su padre en el mirador del parque Sarmiento, los sábados por la tarde, mientras contemplaban el fin del día tomados de la mano?

—¿En qué momento te fuiste, papá? —se preguntó.

El ruido de un motor la sacó del trance. Se secó las lágrimas y atinó a esconderse detrás de un álamo antes de que el automóvil deportivo levantara polvareda cerca de ella. Distinguió tres figuras en el interior: el señorito Aldo y dos mujeres. Sacudió los hombros con desinterés y continuó su camino. Era la primera vez en mucho tiempo que veía a Aldo

Martínez Olazábal. Diez años atrás se había marchado a Francia para estudiar en La Sorbona. Rico, buen mozo, con un título bajo el brazo y el prestigio de quien vuelve del extranjero, Francesca pensó con sarcasmo que debía de tratarse del soltero más codiciado de Córdoba.

Apresuró el paso, sin dejar de lado el soliloquio. Se dijo que ahora que trabajaba en el periódico de su tío podría juntar algún dinero para independizarse y llevar a su madre lejos de la mansión de Martínez Olazábal; aunque debía ser realista, no la sacaría tan fácilmente de allí, en especial por la amistad que había trabado con otros miembros de la servidumbre, sobre todo con Rosalía; en verdad, parecía encantada de vivir en el palacete. Tal vez partiría sola, pero ni en un millón de años dejaría allí a Sofía, tan vulnerable e indefensa, y se prometió que lo haría con ella.

Al cruzar el portón que delimitaba los confines del casco, avistó a la familia Martínez Olazábal en la galería que circundaba la vieja casona: la señora Celia, como una reina dando audiencia, apoltronada en su sillón de mimbre de alto respaldo; Enriqueta, la hija del medio, con la vista clavada en su madre, que hablaba con elocuentes gestos; Sofía, alejada y ausente como de costumbre, con el gato persa sobre la falda; el hijo mayor, el joven Aldo, rubio y de piel clara como la señora Celia, apenas sesgaba los labios en una sonrisa forzada. Francesca se preguntó quiénes serían la muchacha sentada a su lado y la mujer que conversaba con la patrona Celia. Se ocultó en las sombras de la noche inminente; llevaba los pantalones de montar de Sofía y ya podía imaginar el interrogatorio de la patrona si la descubría.

Aldo se reclinó sobre su hermana Sofía, le tomó la mano y se la besó. El gato maulló enojado por la interrupción y volvió a acomodarse cuando la joven retomó los mimos.

Con los últimos destellos del día, Aldo contempló el parque que rodeaba la casa, asombrado por la prolijidad y la pulcritud; le llamó la atención el césped, una alfombra perfecta que cubría las lomas en un juego de subidas y bajadas que se perdían hacia los confines del campo. El patio español, un encantador sitio cerca de la galería, con fuente y bancos cubiertos por mayólicas, le recordó la frescura de las siestas de su niñez, cuando recostado bajo el nogal, leía hasta quedar dormido. Más allá, cerca de la piscina, el mirador, una elevación natural del terreno a la que su abuelo Mario había coronado con una balaustrada donde las damas solían sentarse a admirar el paisaje serrano.

—¡Qué lindo está el parque! —comentó, y Sofía se limitó a levantar la vista—. Nada que ver con el campo de Pergamino —aseguró—. Se nota que Cívico es eficiente y trabajador. Además de estar en orden —continuó—, este campo rinde más que el de Pergamino, aunque sus tierras son diez veces menos fértiles. Ya le dije a papá que el capataz de Pergamino, don Tarso, ¿te acordás? —Sofía no dio muestras de interesarse—. No es como Cívico. Don Tarso es un desastre. Hasta me llegaron cuentos de que nos roba ganado y que lo vende por su cuenta.

—Don Cívico es un gran hombre —susurró Sofía—. Así que estuve en Pergamino —añadió.

—Sí, una semana. Desde que vivo en Buenos Aires, papá me pide que vaya de tanto en tanto a resolver algunos asuntos. Después de estar en la estancia, regresé a la ciudad, pasé a buscar a Dolores y a su madre, y nos vinimos para acá. ¿Qué opinas de Dolores? ¿Te gusta?

Dolores Sánchez Azúa, la prometida de Aldo Martínez Olazábal, era la única heredera de una de las más importantes fortunas de Buenos Aires. En ese momento, Dolores conversaba en un aparte con su futura cuñada, Enriqueta, complacida por la atención que le dispensaba esa señorita. La madre de Dolores, Carmen Ferreira, una aristócrata cordobesa que, según se decía, había realizado el mejor matrimonio de su época al desposarse con el estanciero porteño Carlos Sánchez Azúa, no refrenaba la lengua para describir su mansión de la calle Cerrito a su amiga de la niñez, Celia Pizarro y Pinto.

—¿Te gusta, sí o no? —insistió Aldo.

—No me gusta el nombre. ¿Desde cuándo un hijo es un dolor? O muchos, como en este caso.

—No te conocía esa veta de ironía —repuso él, risueño—. ¿Quién te enseñó?

—La vida, supongo —respondió la muchacha con marcado cinismo.

Aldo bajó la mirada. Sofía, arrepentida de haberse mostrado sarcástica con una de las personas que más quería, concedió:

—Es hermosa, nadie puede negarlo. ¿Cómo la conociste?

—Una de las veces que mamá fue a visitarme a Buenos Aires, invitó a la señora Carmen y a Dolores a tomar el té. Así la conocí.

—Conque mamá... —farfulló Sofía, pero Aldo no la escuchó—. Lo único que tengo que reprocharte —prosiguió— es que no hayas elegido a una cordobesa. No me parece justo, Aldo, después de tantos años de ausencia ahora se te ocurre echar raíces en Buenos Aires porque una porteña te tiene loco. Seguro que, si se casan, los veré sólo para Pascuas y Navidad.

—¡Un momento, señorita! No me tiene tan loco. Y eso del matrimonio está por verse.

Sofía no dijo nada más, levantó la mano con evidente disimulo y sonrió hacia la lejanía. Aldo miró desconcertado y vislumbró entre la maraña de plantas a una joven que se dirigía al otro sector de la casa.

—¿Quién es?

—Francesca, la hija de Antonina, la cocinera. ¿No te acordás de ella?

—Vagamente.

—Francesca es mi mejor amiga —aseguró Sofía.

—Decile que se acerque, quiero saludarla.

—¡Estás loco! —reaccionó la joven—. Si mamá la ve a diez pasos de aquí le larga los perros. No, ni se te ocurra llamarla.

Ante la sorpresa de Aldo, Sofía le explicó:

—No quiere que seamos amigas. ¡Si supiera que lo somos desde hace quince años y que nunca dejaremos de serlo!

Celia interrumpió la conversación con doña Carmen y dirigió un cumplido a su futura nuera y una recomendación para Aldo, que se quedó con las ganas de averiguar algo más sobre la hija de la cocinera. Por iniciativa de la anfitriona, marcharon a sus dormitorios a prepararse para la cena que se serviría una hora más tarde. Aldo se demoró en la galería y siguió con la mirada la figura que se alejaba por el camino de la parra hacia el sector de la cocina. Tuvo suerte, pues alguien encendió las luces al final del recorrido, y pudo ver que se trataba de una muchacha alta, de buenas formas.

«¡Qué hermoso pelo tiene!», pensó.

Francesca se presentó en la cocina y encontró a su madre que, junto a tres criadas, se afanaba en los refinados platos que había exigido la señora Celia en vista de la importancia de las comensales. A pesar de los años, las penas y el trabajo duro, Antonina conservaba las líneas esbeltas de la juventud y la belleza de su rostro siciliano.

—¡Por fin te dignas! —le reprochó a su hija, al descubrirla bajo el dintel.

Antes de seguir con Francesca, ordenó a las criadas que se dirigieran al comedor y pusieran la mesa con la vajilla de loza inglesa, los candelabros de plata, las copas de cristal de Bohemia y el mantel de hilo blanco. Las muchachas salieron mientras seguían cotilleando acerca de la prometida del niño Aldo.

—Discúlpeme, *mamma*, me entretuve con Jacinta y Cívico y, después, estuve un rato con Rex.

La madre reprimió su intención de sermonearla por montar el caballo de la niña Enriqueta, convencida de que era en vano: Francesca siempre hacía lo que quería. Le echó un vistazo y sonrió con orgullo al descubrir en su mirada el carácter seguro e irreverente del padre.

—El señor Esteban se fue a la ciudad, pero antes me anduvo preguntando por el accidente de Onofrio —comentó Antonina—. ¿No te dijo Rosalía que mantuvieras la boca cerrada respecto de lo de Onofrio para no preocupar al señor?

Antonina echó un vistazo furioso a su hija, que la enfrentó sin atisbos de arrepentimiento. «Nunca tendría que haberle contado lo del señor Esteban y Rosalía», se dijo, aunque la tranquilizaba la certeza de que su hija jamás lo daría a conocer. Francesca husmeó las ollas, probó la ambrosía y metió el dedo en la crema pastelera antes de defenderse.

—Que se haga cargo —expresó—. Además, quería alejarlo de los corrales para charlar con don Cívico y montar a Rex. Si hubiera visto, *mamma*, la cara que puso cuando le dije que Onofrio casi se cae del tejado. Apuré al caballo y salió como loco.

Por un rato y mientras Francesca se cambiaba en el dormitorio, Antonina se remontó diez años atrás, y la cocina de la casa de los Martínez Olazábal se materializó frente a ella; en medio, Rosalía, su amiga del alma, y el patrón Esteban enredados en un beso que hubiese abrumado al más experimentado. Se escondió en el lavadero y aguardó a que el señor se marchara. Al regresar a la cocina, notó la sonrisa de satisfacción de Rosalía, que se acomodaba el delantal y se mesaba el cabello desordenado. La miró sin fingir ignorancia. Rosalía, avergonzada, se desplomó en una silla y se llevó las manos al rostro, mientras sollozaba al decir que debía de creerla una cualquiera. A Antonina le costó calmarla y, cuando lo consiguió, le pidió que le contara.

Rosalía Bazán, una atractiva mestiza de Traslasierra, con cautivadores ojos marrones, cabello pesado y oscuro y una figura de tentadoras curvas, abandonó el rancho familiar para huir de una vida que poco a poco acabaría con ella. En Córdoba se empleó como camarera en un bar de mala muerte, que por encontrarse cerca de la zona de los burdeles, atendía a quienes ya habían satisfecho otras sedes. Allí conoció a Esteban Martínez Olazábal, apuesto y simpático, que la cautivó con palabras dulces y maneras de señor. «Me enamoré perdidamente de él», admitió. Tiempo después, Esteban le confesó su compromiso con una dama de la

alta sociedad cordobesa, Celia Pizarro y Pinto, a la cual no amaba, según juró. En su simpleza, Rosalía le preguntó por qué se uniría a una mujer que no quería; Esteban no contestó y escondió la mirada. Arrebatada por los celos y la furia de saber cobarde y frívolo a su amante, le espetó que era un mal hombre y que no volvería a verlo.

Meses después, Esteban supo que Rosalía esperaba un hijo suyo. Él ya se había casado con Celia, que también estaba embarazada. Su vida transcurría suspendida entre los recuerdos de su amor perdido y la esperanza del hijo que Rosalía iba a darle. Y pese a que luchó por enamorarse de Celia, la frialdad y superficialidad de su mujer le impidieron siquiera tomarle cariño. Desesperado, hizo acopio de valentía y fue a buscar a Rosalía, que, celosa y herida en su orgullo, lo rechazó. Durante días, Esteban la visitó en el bar sin lograr que cambiase su actitud, pero Rosalía continuaba amándolo, tanto que semanas más tarde le concedió el perdón. La muchacha, que llegó a casa de los Martínez Olazábal con una maleta vieja y un bebé en brazos llamado Onofrio, pasó a formar parte de la servidumbre de la mansión. Nadie supo nunca la verdad, ni siquiera el pequeño, hasta aquel día en que Antonina los sorprendió besándose en la cocina.

Francesca regresó cambiada y aseada. Ni ella ni su madre dijeron nada, cada una siguió inmersa en sus recuerdos y planes, mientras cortaban fruta para la macedonia, condimentaban salsas, glaseaban jamones, batían las claras del merengue italiano y maceraban frutillas.

Sofía entró en la cocina y sorprendió a su amiga por detrás. Hacía semanas que no se veían y, en medio de la emoción, las palabras se les agolpaban desordenadamente. Antonina recibió su porción de cariño sin sorpresas; sabía que Sofía la quería como a una madre, pues, ante el desamor de Celia, la joven se había aferrado casi con desesperación a ella, una mujer simple, más bien ignorante, aunque gentil y cariñosa, que siempre olía a vainilla y a pan recién horneado.

—Comería con ustedes —dijo Sofía—, pero mi madre está de un humor de mil demonios con esto de que mi padre se volvió intempestivamente a Córdoba. Está furiosa porque dice que es un papelón con la señora Carmen y con Dolores, la novia de Aldo. ¿Qué habrá hecho volver a mi padre a la ciudad?

Francesca acompañó a su amiga, pero no se aproximó a la casa: en su mayestática silla de la galería, la señora Celia, cambiada para la cena, hojeaba una revista. Se despidieron al final del camino de la parra y, mientras contemplaba cómo Sofía eludía a su madre y entraba por la

puerta lateral, volvió a experimentar la culpa de su gran secreto como una carga pesada que la dejaba casi sin respiración. Hacía tiempo que no se sentía así, lo creía superado, pero esa tarde al ver a su amiga —deliberadamente apartada y absorta, en medio de la algarabía de su familia—, supo con certeza en quiénes pensaba.

Las monjas del colegio 25 de Mayo le habían enseñado a Sofía que debía mantener lejos a los muchachos; las sensaciones de efervescencia y el golpeteo desenfrenado del corazón, sin duda, eran artilugios del demonio. En esos casos, un trago de vinagre y el rosario de rodillas sobre sal gruesa constituían santo remedio para despejar la mente y alejar a Lucifer. Sofía, obnubilada por el atractivo de Nando y por la efervescencia y el golpeteo en el pecho, olvidó el vinagre, el rosario y la sal gruesa, y se entregó sin prudencia. Francesca, que nunca se había enamorado, vivió con excitación el frenesí de su amiga y, confidente de sus aventuras, cómplice de sus escapadas, sintió ansias de amar igual.

Tiempo después, su naturaleza racional la llevó a comprender que los patrones jamás aceptarían a Nando, un muchacho de Mina Clavero que había marchado como tantos otros a la capital en busca de fortuna. Empleado en la oficina de Martínez Olazábal como cadete, aspiraba a reunir dinero para comprar un campo en su pueblo natal y vivir allí con Sofía. «Vos te encargarás de la casa y de los hijos, y yo, de la tierra», le decía. Siempre atento, apuntaba en una libreta todo cuanto escuchaba acerca de vacas, cosechas, semillas, veterinarios, cría y engorde. En la Biblioteca Mayor, la del Rectorado, investigó sobre el suelo cordobés, poco apto para la siembra, excepto al sur, y más propicio para la cría de ganado. Sostenía largas conversaciones con don Cívico cuando éste visitaba la ciudad, «porque sabe más que los libros», le aseguraba a Sofía, y ella lo acallaba con un beso, deseosa de que le hiciera el amor.

Cuando se quedó embarazada, Sofía no supo qué hacer. Temía decirselo a Nando, segura de que la rechazaría, pues un hijo complicaría sus planes de fortuna. Jamás pensó en sus padres, pero al confesarle la verdad a Francesca, juntas concluyeron que no existía otra salida: los señores debían saberlo. «Tu padre te protegerá, Sofi, no te preocupes», la animó Francesca inocentemente y aún pagaba el estúpido consejo con el tormento de la culpa.

La tarde que su amiga entró en el dormitorio de su madre con el gesto de un condenado a muerte, Francesca esperó con la oreja pegada

en la puerta. Pronto llegaron los «¡Ramera! ¡Desfachatada! ¡Desvergonzada!» de la señora Celia y los gritos de Sofía. Francesca intervino para evitar que la golpeara y, fuera de sí, le echó en cara a doña Celia mil rencores que se le habían atragantado a lo largo de los años. Estupefacta, la señora Celia reaccionó nuevamente a la voz de su esposo, que, recién llegado, mandó callar a Francesca y le pidió que se retirara. Al salir, fueron los ojos aterrorizados de su amiga lo último que vio.

Sofía permaneció en su dormitorio, del cual sólo la señora Celia tenía llave. Por consejo de Rosalía, que había hablado con Martínez Olazábal, Antonina envió a su hija a pasar una temporada con su tío Fredo. Para Nando fue una sorpresa que el señor Esteban le pusiera un sobre con dinero en la mano y le dijera que no lo necesitaba más. Seguro de que había hecho el trabajo a la perfección, vivió el despido como un cachetazo. Esa misma tarde esperó a Sofía en el portón trasero de la mansión y se asombró cuando Antonina, con la vista llorosa, se aproximó y le dijo que la niña se había ido de viaje por mucho tiempo, que a lo mejor no volvía más. Destrozado, sin trabajo y sin amor, Nando regresó a la pensión de Alto Alberdi, tomó sus misérrimos petates y se marchó a probar suerte en otro sitio.

—Nunca volveré a Córdoba —aseguró—, todo me recuerda a ella.

Sofía partió en un viaje del cual nadie sabía el destino ni la duración. Pasaron días antes de que Esteban autorizara a Francesca a regresar del *exilio*, con el claro mensaje que se mantuviera lejos de la señora Celia y que, por el bien de Sofía, no hablara del «asunto» ni hiciera preguntas. Fue un año duro para Francesca, sola y aturdida por los remordimientos. «Debimos escapar, irnos lejos para tener el bebé. Tío Fredo nos habría ayudado», se reprochaba. Perdió peso, interés en el colegio, no leía —síntoma que alarmó a su madre más que los otros— y pasaba horas en el parque de la mansión caminando y discurrendo en monólogos silenciosos. Nunca recibió cartas de Sofía ni se atrevió a averiguar la dirección para escribirle. Un silencio de muerte ahogó el recuerdo de la menor de los Martínez Olazábal, no se la mencionaba en absoluto y, si a alguien se le deslizaba el nombre, la mirada filosa de Celia destruía el conato de evocación.

Sofía reapareció en Córdoba un año más tarde, y, en el primer abrazo, Francesca supo que tenía el alma quebrada. Sin pronunciar palabra, lloraron en la vieja buhardilla que les había servido de escondite en

la infancia. Lo hicieron por el amor perdido, por las culpas que las atormentaban, por el hijo que nunca sería, por el egoísmo y la hipocresía.

—Mi bebé nació muerto, Francesca. Nadie lo quería y él no quiso vivir.

Francesca habría preferido no enterarse de que, en realidad, el bebé, convertido en un paquete, había salido con vida de la casa cercana a París donde Sofía había transcurrido su embarazo, para ser entregado al hospicio en el cual, según arreglos previos, se lo esperaba desde hacía días, pues, según le confesó Esteban a Rosalía, jamás habría admitido un aborto. «No era cuestión de arreglar un pecado con otro», remató el hombre.

A Francesca la verdad le pesaba más que la culpa por el mal consejo, y durante días meditó si debía revelársela a su amiga, pero la mirada ausente de Sofía, su voz insegura y el temblor permanente de sus manos la ayudaron a comprender que, si lo hacía, le asestaría el golpe de gracia a su debilitada cordura. Calló, aunque ignorando si obraba correctamente.

Francesca regresó por el camino de la parra y entró en la cocina, donde su madre le indicó que se pusiera el uniforme; como no quería servir la mesa, lo hizo refunfuñando.

—¿Por qué no le pidió a Paloma que se quedase a ayudarla? No estoy de humor para las impertinencias de Enriqueta; le advierto que a la primera le pongo el plato de sombrero.

Antonina trató de esconder una sonrisa y mostrarse contrariada; le aseguró que no tendría que presentarse en el comedor ni soportar a la niña Enriqueta, se quedaría preparando los platos en la antesala.

Aldo saludó educadamente a Antonina y, más avanzada la cena, la elogió al asegurarle que no había probado tales manjares ni en los mejores restaurantes de París. La mujer, consciente del fastidio que la cortesía del joven provocaba en la patrona, se limitó a asentir con la cabeza, sin levantar la vista.

—¿Qué le decía el señor Aldo? —se interesó Francesca.

—Que le gusta la comida. Es muy amable.

Se asomó al comedor y, por un instante, su mirada se cruzó con la del patrón joven. Se ocultó tras el marco, entre avergonzada y ansiosa. Ese instante, ese cruce fugaz de miradas sin importancia, inexplicablemente, la había afectado sobremanera.

* * *

Más tarde, en la galería, la familia y sus invitadas compartieron el tradicional capuchino con masas. Ya ni Celia hablaba tanto; el cansancio y la noche serena del campo los habían tornado silenciosos; incluso a algunos, melancólicos. Sofía fue la primera en desear las buenas noches y marchar hacia la zona de la servidumbre, sin reparar en la mirada condenatoria de su madre. Luego Celia, que conminó a Enriqueta y a la señora Carmen a imitarla.

Aldo y Dolores quedaron solos. Ella acercó la silla, tomó la mano de su prometido y le susurró que lo veía muy apuesto. Aldo se esforzó por sonreírle y dedicarle a su vez un cumplido. Ciertamente, Dolores, con sus cabellos de oro y esa palidez satinada en las mejillas, poseía una belleza que dejaba sin aliento a más de uno. Sin embargo, eran los ojos negros que acababa de cruzar durante la cena los que mantenían a Aldo más caviloso y parco que de costumbre. Dolores se dio por vencida con claras muestras de hastío de las que su prometido no acusó recibo, pues prosiguió con la vista perdida en la inmensidad del jardín.

—Vamos a dormir, querida —sugirió Aldo—. Estoy cansado. No te importa, ¿verdad?

—Si es eso lo que quieres...

Aferrada al deseo de avivar en su prometido el mismo amor apasionado de ella, Dolores había esperado un acercamiento en el campo, ilusionada con las noches estrelladas, las cabalgatas a lugares vírgenes y con algunas costumbres agrestes que, secretamente, la excitaban. No obstante, resultaba evidente que a Aldo nada lo conmovía. Se puso de pie y marchó al interior de la casa sin aguardarlo.

Ya en el dormitorio, Aldo no pudo conciliar el sueño. El calor, los mosquitos a pesar de los espirales, y el colchón demasiado blando lo obligaron a dejar la cama. Se hallaba inquieto, su cabeza saltaba de un tema a otro. Encendió un cigarrillo y fumó cerca de la ventana. ¿Cómo había llegado a enredarse tanto con Dolores? Encandilado por su belleza, también lo habían cautivado su educación y maneras delicadas; ahora, disipado el fulgor del primer momento, su cercanía llegaba a provocarle auténtico fastidio.

Un ruido en el parque, un sonido a ramas secas que se quiebran, desentonó con el concierto al que se había acostumbrado. Se asomó por la ventana. En medio de la negrura, la figura de blanco que volaba hacia el mirador lo dejó estupefacto. Regresaron a su cabeza las historias de ánimas y espectros que don Cívico le relataba en su niñez. La fantasmal aparición se detuvo cerca de la balaustrada del mirador para

luego perderse entre las matas que rodeaban la piscina. Apagó el cigarrillo, se echó la bata encima y abandonó el dormitorio. Cruzó el parque casi corriendo y subió de dos en dos los escalones que conducían a la piscina. El fantasma se había convertido en una hermosa mujer que tentaba el agua con el pie y cantaba a media voz un aria en italiano. Se acomodó tras los arbustos y la observó el tiempo que duró su baño de luna. Esa criatura, entre sobrenatural y terrena, que se movía con gracia dentro del agua, lo hechizó, le hizo olvidar sus problemas y le quitó el aliento cuando se despojó del traje de baño y se envolvió en la bata blanca. Y al cubrirse con la capucha, volvió a ser el ánima que lo había guiado hasta allí y que ahora se perdía en la oscuridad del camino de la parra.